

EDITADO POR
PRENSA ESPAÑOLA
SOCIEDAD ANONIMA
6 JULIO 1983

ABC

REDACCION
ADMINISTRACION
Y TALLERES
SERRANO, 61-MADRID-6

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

LAS GUERRAS DE MIGUEL DELIBES

EL novelista mira a su alrededor y ama a las cosas y a los hombres.

Se identifica con los austeros paisajes de Castilla y con las gentes que padecen hambre y sed de justicia. Como una maldición pasa una sombra negra sobre estos campos por los que cruzó —sí, errante— la sombra de Caín. Pero Caín es el mal, y el pecado llamó a sus puertas; engañó a su hermano en el campo y Abel murió destrozado por la quijada blandida contra él. Miguel Delibes padeció la guerra, tal vez oyó engañosos sonos, pero en sus meditaciones concluyó que en las guerras civiles todos son responsables hasta del mal que no hacen y que recurrir a ellas como tría curativa no sirve sino para centuplicar el daño que las ha motivado. Por eso contempla las consecuencias del enfrentamiento y descubre que nada se ha arreglado; los pobres siguen empobrecidos, la penuria se acrecienta y los dolores no pueden restañarse. ¿Para qué la guerra? ¿Cuántos hombres habrán formulado la misma pregunta? Y un día se descubre algo que es muy viejo y que ahora sabemos en la formulación de Georges Bernanos; anda por medio la Revolución francesa y un personaje dice: «Toda guerra civil se convierte en guerra de religión.» Tal vez sea la única justificación para acallar la conciencia por un absurdo sin sentido; Voltaire da vueltas a la personalidad del cardenal de Retz y aducirá: «Este hombre singular es el primer obispo francés que ha hecho una guerra civil sin poner la religión como pretexto.» Delibes ha llegado muchas veces a la misma conclusión; la guerra es absurda, la guerra civil no tiene justificación y todos la hacen —pro y contra— una guerra de religión. Es posible que nadie gane, pero es seguro que los pobres y los marginados sean quienes más padecen y quienes luego no alcanzan los beneficios. Porque siempre habrá un listo que lleve el agua a sus azudas y que, por si no bastara, justifica sus actos empleando a la religión para su servicio. Es ésta la conclusión de arribada; por eso, a lo largo de toda su obra, la guerra es como una gran injusticia, más padecida por cuanto más ajena, y sobre las criaturas que el novelista va creando pesa la maldición que él mismo padece: esterilidad, desunión, debilidad, sinrazón. Y la secuencia lógica: hacer la guerra es fácil (cada uno tiene la suya o las suyas propias); lo difícil es vivir en paz. Entonces la guerra es siempre inexplicable y carece de sentido.

La condena de todas las guerras sólo puede hacerse desde la reducción al absurdo de todos sus planteamientos. Y acaso ninguno tan grande como medir su bondad por la cantidad de daños que ocasiona, ninguno comparable a la prevaricación de las almas o la mala semilla que depositó en el corazón de los hombres: de generación en generación se transmite, como si se tratara de una dolencia atávica, o de un pecado que nada tiene de original. Resolver este planteamiento con lógica quita validez a muchas vidas que sólo para la guerra han vivido y que han mentido o se han engañado a sí mismas manteniendo la guerra, con el señuelo de la justicia, cuando la estaban atizando no por ser justa, sino por ser guerra. Y es así que hay un continuo temor a ser destruidos, porque en la lucha no cabe quedarse de espectador, sino que los hombres, reunidos, hacen u obligan a hacer las guerras, cuyo refinamiento último está en las conductas que por estos días tenemos que padecer: «La agresividad del hombre que antes parecía orientarse hacia la guerra abierta se orienta ahora en esta guerra solapada al aniquilamiento de los que no piensan como nosotros. Se hace la guerra a las ideas, como si uno pudiera cambiarlas por mucho que le amenacen. Las ideas son de uno y uno no es responsable de tener esas ideas. No

puede ser privado de libertad un hombre por ello, y mucho menos de la vida. Esto es algo monstruoso.»

Ante falacias de este tipo, no queda sino desenmascarar al pecado con las armas de la ironía o el sarcasmo. Y Delibes, que odia la guerra, trata de combatir la estupidez de todas las guerras. Y escribe una grotesca, absurda, veraz, trágica y espléndida novela a la que titula *Las guerras de nuestros antepasados*.

Esta novela es más que una censura de una circunstancia, que para mí no consta ni con claridad ni interlineada; es algo mucho más importante: la censura de la guerra por la guerra; la estupidez de pensar que el hombre ha nacido para luchar con las armas en la mano y no para vivir en paz. Con esta perspectiva bien poco tiene que ver un régimen político con lo que aquí se cuenta. ¿Es que no puede verse retratada en estas páginas cualquier historia de cualquier país? ¿Es que no podríamos pensar en esos soldados —no importa de dónde— que hicieron la segunda guerra mundial, la de Corea, la de Vietnam? ¿O la de Argelia, la de Indochina o la del Chad? Y no digamos la gloriosa de las Malvinas. A propósito de la *Parábola del naufrago*, el escritor dijo que era «un sencillo homenaje a tantos inocentes como en el mundo han sido, y son, inmolados a la autocracia». Poco haría falta cambiar para que estas palabras fueran el sencillo homenaje a tantos inocentes inmolados por la necesidad de las guerras, de todas, empezando por la de Cuba y acabando por la de 1936. Llevar el ascua a otras sardinas me parece que enturbia las cosas y no las aclara. Creo que el escritor de don Abdón, por muy de ciudad castellana que se nos presente, coincide con cualquier sistema de autoritarismo plutocrático, empezando por el de los faraones.

En los planteamientos generales del tema he copiado unas palabras de nuestro novelista: «La agresividad del hombre se orienta ahora en esta guerra solapada al aniquilamiento de los que no piensan como nosotros.» Es la cuestión que vamos a considerar. Acaso la más amarga de todas las novelas de Miguel Delibes es la *Parábola del naufrago*. Desde la cita de Max Horkheimer, que abre el libro, hasta el balido último de Jacinto San José, no hay sino un sentimiento único: el miedo; el miedo que mueve todas las conductas —no juzguemos— de los personajillos que por estas páginas pululan o de la vida desintegrada de quienes osan defenderse. Cualquier régimen de terror (solapado o abierto) está execrado en estas páginas alucinantes, diría que alucinantemente kafkianas. La obra se publicó en 1969. Es motivo de consideración. Porque página tras página es un testimonio de valor cívico. Cualquier significado que queramos dar a don Abdón y a todo su entorno es una sátira feroz contra los hombres que imperan sobre el temor que infligen a sus semejantes. Sin querer el pensamiento vuela hacia bien remotas latitudes (*Señor presidente* o *La hora veinticinco*), por más que literariamente los relatos se parezcan muy poco o, por mejor decir, nada, pero es que allí donde un hombre sufra la degradación por otro hombre, hay un don Abdón que ejerce su tiranía, y unos esclavos que bendicen las cadenas que los aherrojan. Delibes ha creado un extraño mundo, que resulta ser el más raro de los híbridos: una sociedad limitada, tecnológicamente perfecta, y un imperio faraónico a su servicio. Una vez más la antinomia, entre la modernidad deshumanizada y el hombre al que convierten en un «inocente» incapaz de comprender —cuanto más de reaccionar— las cosas que le rodean. La experiencia de Mi-

guel Delibes sirve para narrar los horrores de esta sutil crueldad que acaba no con la vida del hombre, sino con su degradación hasta la simple animalidad, que —con un sofisma— resulta ser la felicidad del esclavo; tan bienquisto que hasta su cabeza perruna se eternizará disecada.

También queda dicho: se hace la guerra de aniquilamiento a quienes no piensan como nosotros. Y en *El disputado voto del señor Cayo* (1978) hay una tercera visión de la guerra: la de los partidos políticos. Son las últimas guerras que nos cuenta el hombre Miguel Delibes; tan absurda como las anteriores, aunque —tal vez— menos trágica (y más grotesca). Se ha hablado del oportunismo de la novela y de zarandajas ocasionales. Yo quisiera que a quienes así piensan, Santa Lucía siguiera conservándoles la vista. No debe confundirse lo que los locos de hoy llaman estructura superficial con lo que ellos mismos dicen estructura profunda. Lo uno —aquí y ahora— es una circunstancia ocasional que demuestra caricaturescamente el hastío del hombre español por un empacho de política cada día más obsesivo. Ortega escribió terribles palabras sobre el *Imperio de las masas*. Palabras sobre la sociedad y la política, pues una y otra vienen a ser cosas harto semejantes; entonces dijo: «Cuando lo que está mal en un país es la política, puede decirse que nada está muy mal.» Lo malo es cuando la política pretende reemplazar a la vida y se convierte en la propia vida o un sucedáneo de la vida. Porque si política son unos mozuelos soeces e ignorantes o unos gamberros brutales y sádicos, tendremos que pensar que seguimos en 1921: «Que una sociedad sea inmoral, tenga o contenga inmoralidad, es grave; pero que una sociedad no sea una sociedad, es mucho más grave. Pues bien: éste es nuestro caso. La sociedad española se está disociando desde hace largo tiempo porque tiene infeccionada la raíz misma de la actividad socializadora.» Y es que los personajillos —tirois y troyanos— que aparecen por esta novela no son sino el testimonio del imperio de las masas, y esto, que es lo que la miopía no ha querido ver, abre en la novela una estructura interna que nos llevaría a lo que en otros siglos se llamó menosprecio de corte y alabanza de aldea. Porque el señor Cayo —anárquico, individualista, ladino— es hombre de muchos más quilates que el que tan sólo sabe repetir consignas, adobándolas —eso sí— de zafiedad.

Las guerras de Miguel Delibes no son unas guerras determinadas. Es trivial conformarse con unos signos externos: ni Cuba, ni Marruecos, ni el 36 son otra cosa que episodios de la guerra. Ni los faraones o una banca catalana. Ni una grotesca campaña política. La guerra es la opresión, se vista con el ropaje que se vista; es la intransigencia, es el sectarismo. Malos tiempos estos para luchar con la sencillez de la verdad. Pero acaso tampoco haya otros medios. Las guerras que Delibes trae a colación tienen —como siempre— dos contendientes y un solo perdedor verdadero: el hombre. Al frente del tomo III de sus *Obras completas*, el novelista ha hablado del «sentimiento del prójimo». He aquí un contenido testimonial, y clave, de la creación: «En este sentimiento, lo fundamental, a mi juicio, es eso, sentirlo; quiero decir sentir al prójimo, esto es, que éste lo sea, lo siga siendo para nosotros.» Resulta que a vueltas de guerras y guerrillas Delibes ha descubierto su verdadera faz, la estructura profunda de su ser y de su creación, pues a nadie quiere engañar. Diríamos su cristianismo. No, las palabras no me asustan si dicen la verdad: su caridad.

Manuel ALVAR
de la Real Academia Española